

XAVIER GUZMÁN URBIOLA, *La Gavia. Una hacienda en el centro de la historia*, México, Promotora La Gavia, 2003, 159 pp., fotografías, ilustraciones, mapas.

La *Gavia. Una hacienda en el centro de la historia*, es el nombre del libro de Xavier Guzmán que se dio a conocer en el invierno del 2003. Está organizado en tres capítulos a los cuales tituló: La descripción cronológica tradicional; La producción, los intereses, el dinero y los mercados, 1799-1933 y Del mundo de La Gavia y de La Gavia al mundo, e incluye Conclusiones. Contiene un Prólogo de la Dra. Josefina Zoraida Vázquez del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, quien resalta la importancia de los estudios de caso en la microhistoria de México, y la pluma ágil y agradable prosa de Xavier Guzmán. Todo esto nos motiva a los historiadores regionales para seguir en nuestro quehacer histórico en busca de datos y documentos que permitan percibir los cambios en contextos históricos nacionales e internacionales. Particularmente, como afirma la Dra. Vázquez, es importante estudiar el fenómeno de la transformación de las haciendas, una institución significativa en la vida mexicana.

El capítulo inicial lo subdivide en dos apartados: el primero habla de los pueblos indígenas como constructores materiales del lugar, y el segundo relata la formación de la hacienda, sus propietarios y constructores físicos. Cabe destacar las descripciones que el autor hace de los matlatzincas, a los que califica como pueblo principal de la zona; a los mazahuas, de los que se sabe poco, y a los otomíes que fueron los más numerosos. Lo anterior demuestra la multiétnicidad del valle de Toluca. Diversidad cultural que aún se percibe en la zona geográfica de la hacienda de La Gavia y que trae aparejado patrones de conducta, modos de vida y tradiciones afines y distintas a la vez.

En la segunda parte, el autor aclara que el nombre verdadero de la hacienda es el de Nuestra Señora de la Candelaria y que fue hasta 1663 cuando se le dio el nombre de La Gavia por José Sámano.

Por cierto que éste nunca poseyó la hacienda, pero la bautizó así cuando al ver un plano de la propiedad comentó que el contorno tenía la forma de la vela mayor de los navíos, llamada precisamente gavia (p. 40).

La historia de este lugar se inicia en 1539, al recibir el encomendero Alonso de Ávila una merced para ganado mayor “en los términos del pueblo de Tlalchichipa” (p. 31) entre los poblados actuales de Toluca, Zinacantepec y Almoloya de Juárez. Merced que en 1549 cambió por “encomiendas” en Chilchota, Valladolid y Tonalá Juan de Sámano Medinilla con Alonso de Ávila. El intercambio fue hecho fuera de la ley, recordemos aquello de “obedézcase pero no se cumpla”, lo cierto fue que una de las familias más representativas del valle de Toluca, los Sámano, conservaron y ampliaron la hacienda hasta inicios del siglo XVIII a través de matrimonios ventajosos como el de Juan de Sámano Castrejón con Beatriz de Turcios, que aportó el rancho de Turcios. Posteriormente se incorporó el rancho de Arbayo, las haciendas de San Pedro, Soyacantla, La Cercada, Tejalpa, Acatitlán y La Huerta, así como los pueblos de Amanalco, El Rincón, San Mateo, San Bartolo, San Francisco y las llamadas “tierras de La Peña”. Así se formó un latifundio que comprendió 1,500 caballerías, casi 65 mil hectáreas.

La propiedad fue pasando de un dueño a otro. En 1708 la viuda de Carlos de Sámano Salamanca, Benita Cesatti del Castillo, “la puso en pregón”, o sea, la anunció para su venta. El comprador fue Pedro Ximénez de los Cobos, un hombre influyente de la ciudad de México quien únicamente la poseyó por nueve años. Fue un periodo difícil porque los pueblos campesinos de Temascaltepec y Texcaltitlán alegaron la indefinición de linderos e interpusieron demanda por derechos de propiedad. Otro litigio importante fue el que la finca sostuvo con la Compañía de Jesús, que había rentado al pueblo de Texcaltitlán un sitio llamado Atescapán perteneciente a La Gavia. El pleito se prolongó por años hasta que el dueño decidió vender la hacienda a los jesuitas, en 1717. Estos últimos agregaron las tierras que poseían y formaron así un latifundio de casi 136 mil hectáreas para fines del siglo XVIII.

Así, La Gavia fue dueña de la mitad del poniente del Nevado de Toluca, incluía Suchitepec, Villa Victoria, Valle de Bravo, Temascaltepec, Texcaltitlán, Sultepec, Tenancingo, Tenango y dando la vuelta bordeaba Zinacantepec y Almolya de Juárez (p. 43). Fue un lugar muy productivo que en 1767 se vino abajo al ser expulsados los jesuitas de la Nueva España y pasar la propiedad a la llamada “Junta de Temporalidades”, que administró los bienes de la Compañía.

En 1777 Pedro Romero de Terreros, primer conde de Regla, adquirió varios bienes, entre ellos La Gavia. A su muerte se le asignó al mayorazgo de su tercer hijo José María Antonio de Terreros Trebuesto y Dávalos, marqués de San Cristóbal, persona que nunca pisó la tierra y no dejó descendencia. Después pasó a poder de su sobrino Pedro José Romero de Terreros y Rodríguez de Pedroso, tercer conde de Regla, a quien le tocó vivir la guerra de Independencia y ver como era invadida su propiedad por ambos ejércitos. En 1837 hipotecó La Gavia a la casa Viuda de Echeverría e Hijos localizada en Veracruz, y la perdió.

La finca fue poseída entonces por una empresa con diversos socios, pero en realidad siempre estuvo en manos de los descendientes de María Francisca Mignoni viuda de Echeverría, figura principal de la casa comercial. Ésta la heredó a los descendientes de su hija mayor Guadalupe Echeverri Mignoni y Jacinto Riba. La familia la mantuvo en su poder por 113 años, vendiéndola en 1950. Al frente de La Gavia aparecen los nombres de Francisco Xavier Echeverri Mignoni, hijo de María Francisca, luego sus nietos Pedro Gorozpe, Antonio Riba Echeverría, y por último (a principios del siglo XX) Antonio Riba Cervantes y su esposa Dolores García Pimentel y Elguero (p. 49). Algunos de estos propietarios fueron personajes importantes del siglo XIX, como Francisco Xavier Echeverría dos veces secretario de Hacienda y encargado del despacho del Poder Ejecutivo a la caída de Anastasio Bustamante, a quien se le apodó “El Presidente”; Pedro Gorozpe, marido de Guadalupe Morán, Marquesa de Vivanco, dama de la corte de Maximiliano; Antonio Riba Echeverri, diputado federal y amigo de Porfirio Díaz, quien además fungió como presidente del consejo de administración del Banco del Estado de México, S.A.

En La Gavia se reflejan los ires y venires de la historia de México. Por ejemplo, durante el porfiriato se advierten los aires de la modernidad, con una estación de ferrocarril a 20 kilómetros del casco que permitió el intercambio de los productos comerciales; se construyó una escuela para los hijos de los trabajadores; Antonio Riba Cervantes fue propietario de autos, motocicletas y hasta aviones. Entre 1912 y 1918 estuvo parcialmente invadida por los zapatistas y sufrió un incendio. Genovevo de la O, Francisco Pacheco y Ángel Barrios hicieron buenos negocios con la hacienda, aunque también se recuerdan las muchas crueldades, la quema de pueblos como escarmiento y la exposición de cadáveres.

Más tarde los pueblos de San Andrés de los Gama y Santiago Texcaltitlán solicitaron ejidos al gobernador Gustavo Baz, en 1915. Fue hasta 1929 cuando dio inicio el desmembramiento de La Gavia. El presidente Lázaro Cárdenas puso orden entre colonos y ejidatarios en 1936 y Miguel Alemán concluyó los repartos al firmar las últimas dotaciones en 1950. La Gavia se redujo a 220 hectáreas consideradas como el casco de la hacienda. Es decir, sólo quedó el 1.6 % del territorio original.

Con todos estos acontecimientos la dueña de La Gavia Dolores García Pimentel optó por vender la propiedad a José Ramón Albarrán Pliego, un exitoso hombre de negocios del ramo de la fundición quien la poseyó hasta su muerte en 1981. También remodeló el casco de la hacienda, adaptó la casa, diseñó muchos de sus paisajes y la embelleció. Xavier Guzmán atinadamente lo califica de hombre trabajador, emprendedor y tozudo. Quienes tuvimos el privilegio de conocerlo en su hacienda sentimos mucho el que Xavier no lo hubiera tratado, pues supongo que él hubiera sido el cronista contratado por don José Ramón para elaborar la primera historia de La Gavia. Pero con la publicación de este libro queda la deuda saldada. Cierra este primer capítulo con leyendas, tradiciones y decires de la hacienda por demás interesantes y amenos.

El segundo capítulo analiza la producción de La Gavia entre 1799 y 1933. El autor tuvo la suerte de encontrar todos los libros de

registros de contabilidad de estos años. Asegura que la finca dependió básicamente de ocho productos para mantenerse: ganado vacuno, caballar y mular; trigo, producto que se vendía íntegro al molino “La Unión”, propiedad de la familia Henkel; madera en tablones, leña y ocote, carbón; sus pastos y el arrendamiento de tierras. Pero la principal actividad y sustento real fue el ganado de zerdá. Las mercancías se comerciaban en Toluca y las minas localizadas al sur del valle del mismo nombre.

La Gavia fue también casa prestamista y sus propietarios cobraban el agua de los ríos que cruzaban a la Compañía Minera del Rincón. Entre 1885 y 1891 inició la comercialización del zacatón, vendido en Europa y apreciado por los responsables de los establos del ejército alemán. Como otras haciendas del centro del país produjo pulque, aunque sólo para el consumo del lugar y pueblos aledaños.

Al dejar de ser importante el zacatón y el trigo, se introdujo la cebada que se vendía a la compañía Cervecera de Toluca y México, S.A. De igual manera, el maíz y los productos del aserradero desplazaron al trigo. Por último, otro de los ingresos fue el cobro por concepto de derechos de paso por caminos que cruzaban la hacienda (p. 71).

El tercer capítulo, “Del mundo a La Gavia y de La Gavia al mundo” es muy sugestivo, en virtud de que reproduce relatos, anécdotas y curiosidades. Incluye acontecimientos internacionales, nacionales y regionales y Xavier Guzmán se hace una serie de preguntas. Por ejemplo, al hablar de la tierra cuestiona ¿para qué eran aptas estas regiones?, ¿qué necesidades podían cubrirse con lo que ahí se produjera?, ¿dónde vender lo que se obtuviera de la tierra? En cuanto a la producción del zacatón y su exportación, el autor reflexiona ¿Por qué no fabricar un cepillo o una escoba en México y exportar el producto con un mayor valor agregado? Las respuestas son obvias. Los negocios de gran envergadura se hicieron presentes hasta el siglo XX. Un ejemplo de ello fue el aprovechamiento del zacatón por la industria química teutona, del que se utilizaba el extracto líquido de la raíz para fabricar explosivos; resultaba más costoso transportar el líquido y no toda la planta.

A Xavier Guzmán le interesa establecer los vínculos entre La Gavia y ciertos acontecimientos nacionales. En ese sentido, pregunta: ¿Quiénes eran los zapatistas que invadieron la hacienda entre 1912 y 1917?, ¿eran acaso agricultores que intentaron tener negocios con la hacienda?, ¿cuál fue la reacción de los dueños de La Gavia al saber que la casa grande fue quemada por un mal entendido entre los revolucionarios? Los cuestionamientos tienen su desenlace en la siguiente interrogante: ¿Qué es una revolución? Debe aclararse que el movimiento revolucionario aparentemente no trastocó nada ni afectó la economía de la hacienda, sus dueños mantuvieron casa en Toluca aunque residían en la ciudad de México. Además sabemos que en esos mismos años los Riba Cervantes y García Pimentel hicieron por lo menos dos viajes a Europa, y retornaron en 1918 al concluir el conflicto armado.

Es muy interesante el análisis que hace el autor sobre la invasión zapatista. “La Gavia se encontraba invadida y su dueño se quejaba de su triste situación. Entonces se realizaron enormes ventas de trigo (para abastecer a las ciudades) y poco después de maíz, el cual nunca antes se había anotado. ¿Para los zapatistas, que no comían pan sino tortillas?, ¿para sustentar a los enemigos del dueño? De ser correcta esta apreciación, entonces encontramos por un lado a, un Riba Cervantes que juega un doble papel, quejándose de las invasiones zapatistas y haciéndoles la guerra pero a la vez, sembrando cosechando, vendiendo y beneficiándose de la invasión a su propiedad. Por otro lado, a un zapatismo terrible por sus métodos y consecuencias, pero también bonancible para el hacendado. Parece evidente que cuando gobernaron los enemigos de La Gavia, a ésta le fue bien. Para Riba Cervantes el zapatismo fue buen negocio, pero mala imagen” (p. 146).

En las Conclusiones, Xavier Guzmán plantea en su peculiar estilo la complementariedad entre la historia regional y la nacional, y asegura que la primera no sólo importa a los lugareños sino que nos importa a todos, ya que desde lo anecdótico la historia crece, se humaniza y evidencia la complejidad de un caso singular que matiza a la historia nacional.

Finalmente, podemos anotar que el libro es atractivo por las hermosas fotografías que en él se encuentran pero también por la trama desarrollada; por los personajes del pasado que recrea y revive en carne y hueso. Xavier Guzmán establece un ameno diálogo con ellos y los retrata con fidelidad. Asimismo, reproduce los dimes y diretes propios del campo y las aldeas del lugar, mostrando una hacienda viva y llena de contrastes. En cada lugar se expresa y cuenta una historia. No es únicamente una historia del agro mexiquense es una historia global enlazada, que mantiene vínculos con el mundo y con un entorno geográfico e histórico.

Un gran acierto es la manera como el autor entiende la historia a nivel local y la proyecta más allá de sus límites físicos. Y, como apunta magistralmente la Dra. Josefina Zoraida Vázquez, “cumple con el viejo anhelo de detener el tiempo”.

María Teresa Jarquín Ortega
El Colegio Mexiquense, A. C.

